

# Mayores con Derechos

Relatos ganadores del Concurso literario  
Mayores con Derechos



SECRETARÍA DE  
RELACIONES INSTITUCIONALES



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA

CÁMARA DE DIPUTADOS  
Provincia de Buenos Aires







Presidente

**Dip. Manuel MOSCA**

Vice Presidenta

**Dip. Marisol MERQUEL**

Vice Presidente I  
**Dip. Carlos MORENO**

Vice Presidente II  
**Dip. Carlos Ramiro GUTIERREZ**

Vice Presidenta III  
**Dip. Maricel ETCHECOIN MORO**

Secretaria Legislativa  
**Dra. Cristina TABOLARO**

Secretario Administrativo  
**Dr. Ignacio CINGOLANI**

Secretario de Desarrollo Institucional  
**Dr. Eduardo CERGNUL**



# **Autoridades de la UNLP**

Presidente

**Dr. Arq. Fernando Tauber**

Vicepresidente del Área Académica

**Mg. Lic. Martín López Armengol**

Vicepresidente del Área Institucional

**Dr. Ing. Marcos Actis**

Secretario de Relaciones Institucionales

**Abog. Juan Carlos Martin**



# Índice



Prólogo Juan Carlos Martín	★ ★ ★ ★ ★	9
Prólogo Emiliano Balbín	★ ★ ★ ★ ★	11
Derecho Viejo	★ ★ ★ ★ ★	13
El Naufragio de la Carabela	★ ★ ★ ★	19
La Constipación	★ ★ ★ ★ ★	23
Las Visitas	★ ★ ★ ★ ★	31
Martín Pescador	★ ★ ★ ★ ★	37
Mujeres Protagonistas	★ ★ ★ ★ ★	43
Vida Útil	★ ★ ★ ★ ★	49
Visita Nocturna	★ ★ ★ ★ ★	53



## Concurso literario “Mayores con Derechos”

### Prólogo

---

La Mesa de Trabajo de Personas Mayores, coordinada por la Secretaría de Relaciones Institucionales de Presidencia de la Universidad Nacional de La Plata, concebida como un espacio de diálogo intergeneracional donde se potencian y desarrollan políticas y estrategias de reconocimiento e inclusión de las personas mayores, tanto en la UNLP como en distintos ámbitos, se propuso generar una instancia creativa que rescate los derechos de las personas mayores.

Con el objetivo de promover, problematizar y visibilizar a través de la literatura temas relacionados con las personas mayores, el ejercicio de sus derechos y las situaciones de vulneración de los mismos, surgió el Concurso literario “Mayores con Derechos” que invitó a toda persona mayor de 18 años residente en la provincia de Buenos Aires a presentar su obra. Conforme a la convocatoria esperada, se establecieron dos categorías diferenciales por edad (personas entre 18 y 59 años y personas de 60 años y más).

A su vez, todas las producciones debieron desarrollarse dentro de la categoría cuentos, perteneciente al género de la narrativa breve.

La vida es sinónimo de crear, de sembrar, de hacer, por ello para esta Mesa es imprescindible fomentar las diversas expresiones que pongan en valor distintas miradas y producciones vinculadas a un particular ciclo de la vida.

---

**Abog. Juan Carlos Martin**, Secretario de Relaciones Institucionales de Presidencia de la UNLP.



## Prólogo

Los adultos mayores son para la sociedad, referentes que forjan el saber a través de la experiencia de vida que reportan y nuestra sociedad actual debería hacer eje de todo el conocimiento y experiencia que tienen para darnos. Resulta imprescindible implementar una mirada directa y exhaustiva por parte del Estado sobre el entorno en el cual transitan y se desarrollan nuestros adultos mayores. La población de adultos mayores crece en Argentina, constituyendo un grupo poblacional que aumenta en cantidad y longevidad. En el año 1970, las personas mayores representaban el 7% de la población; en el 2010 superaban el 10%. Una tendencia que sigue en alza. Los datos emanados del último censo indican que las personas mayores de 60 años representan el 14,3% del total de la población y se proyecta que para el año 2040 lleguen al 20,6%, cifras que coinciden con la proyección realizada por el Fondo Poblacional de las Naciones Unidas (UNFPA) que indica que hacia el año 2050 el 25% de la sociedad argentina tendrá 60 años o más, lo que marca el crecimiento sostenido de este grupo poblacional. Este progreso demográfico donde cada vez más personas llegan a la vejez y a la vez son longevas, presenta múltiples desafíos a enfrentar, traducidos en válidas oportunidades de reivindicación de nuestra sociedad para con nuestros mayores.

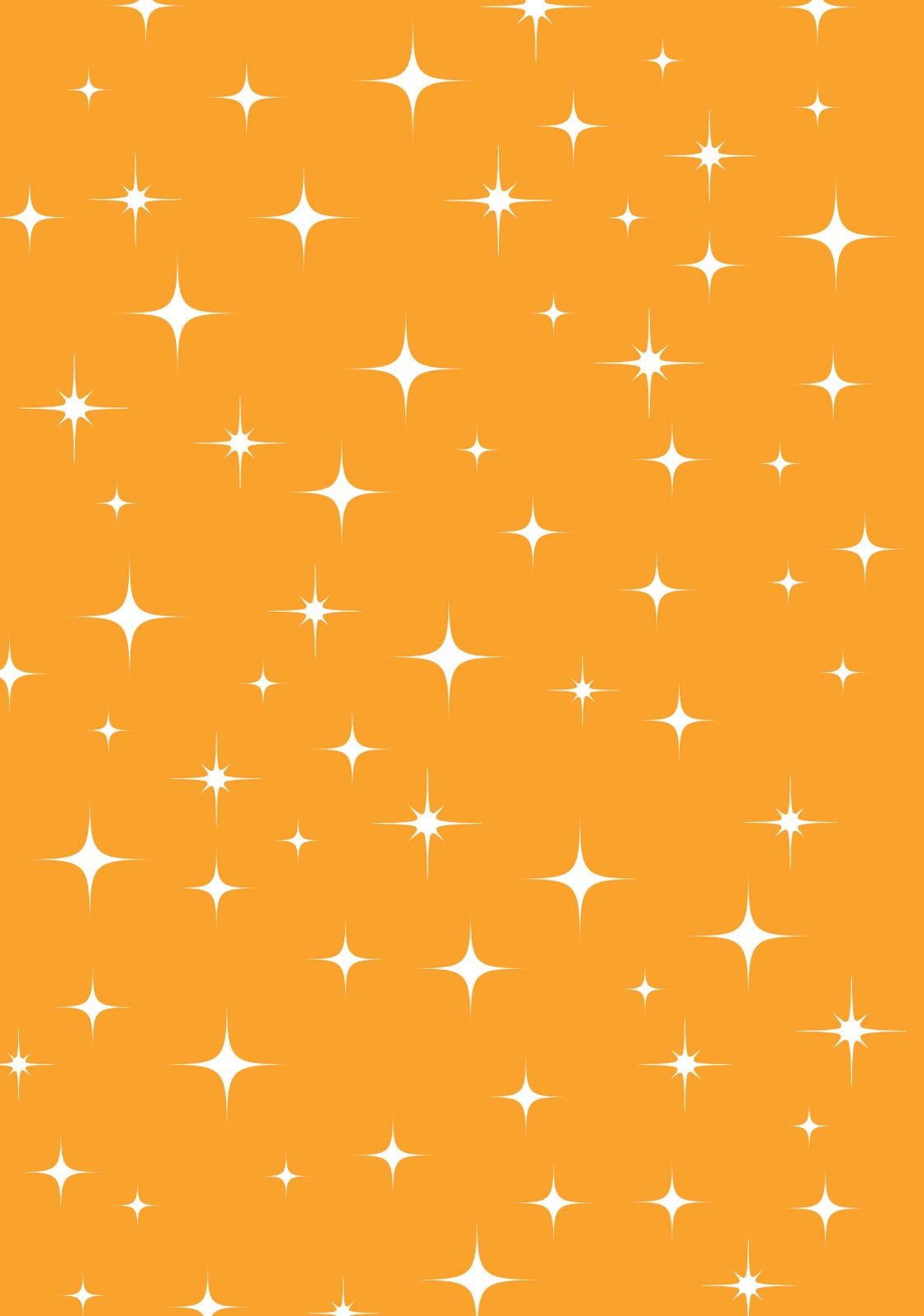
Esta iniciativa que presenta esta compilación de historias contada por ellos, es una forma de generar no solo un espacio de reflexión cultural de ellos mismos, sino una forma de llegar a los lectores con sus mensajes y con sus obras que, en definitiva, son obras cargadas de experiencias vividas, con el contenido que solo ellos pueden transmitir que es la sabiduría.

En lo particular, las circunstancias de la vida no me dieron la oportunidad de disfrutar a los adultos mayores de mi familia por mucho tiempo y busco en cada uno de los vínculos que dejaron ellos, esa palabra necesaria para vivir el presente y proyectar el futuro.

Por eso esta obra literaria es una gran iniciativa que quedará seguramente en cada uno de quienes sepan apreciarla y en cada uno de los que fueron parte del proyecto de alguna manera.



Dr. Emiliano Balbín  
Diputado  
Provincia de Buenos Aires



Hoy estoy muy triste, es que hace un par de días falleció mi vecino, el viejo Bruno.

El hombre era un buen tipo que de vez en cuando -pese a mi juventud- me invitaba a tomar mate y charlar largo y tendido sobre cuestiones de la vida. Era uno de esos buenos vecinos a los que uno podía recurrir imprevistamente cuando algún problema de cualquier tipo se nos presentaba y no sabíamos cómo actuar. Era un sabio y debo confesar que me encantaba escucharlo al hombre. De amplio vocabulario, y prodigiosa memoria, el viejo Bruno tenía el don de fascinar con sus relatos de historias que no paraba de inventar y que le abrirían paso a sus primeros cuentos escritos.

Recuerdo perfectamente que de esas largas charlas, hubo una que me impactó sobremedida y quedó grabada en mi memoria por siempre. Fue una encendida y a la vez amarga reflexión sobre algo que seguía pendiente aún de adulto, que era SU DERECHO a acceder al estudio. Cada vez que lo visitaba me decía: sabés una cosa pibe, la gente como nosotros con el único derecho con el que nacemos es con el derecho a no tener derechos.

Me contó que a sus 14 años comenzó a sentir que se vulneraba uno de SUS

DERECHOS más importantes que era el de acceder a estudiar; y es que en ese momento las necesidades del hogar lo pusieron sin opción en el mundo del trabajo.

Ese hecho, del cual no se pudo defender, lo tuvo muy apenado por el resto de su vida.

Pero el tipo tenía sus convicciones, y ese derecho perdido tempranamente lo fue revirtiendo en parte gracias a su gran curiosidad y el deseo permanente de aprender.

Su virtud fue que siempre se encargó de leer mucho y de escuchar a los que más sabían, ambas características fueron la fuente de su brebaje al conocimiento.

Así fue pasando su vida; trabajos, familia, alegrías y amarguras hasta que se jubiló, momento crucial para cualquiera, que se puede transformar en una pesadilla si uno no va previendo qué hacer en ese momento. Fue así que el viejo Bruno, a pura curiosidad y para estar al día, decidió profundizar sus conocimientos básicos que tenía de informática como para actualizarse en un mundo que avanzaba a velocidades impensadas.

Fue allí donde descubrió que hacía un par de años, y casi a sus 70, podía cumplir su sueño, pues se había promulgado la ley 27.360 sobre los derechos de los adultos mayores, y que en el artículo 20 de esa ley se consagraba el derecho a la educación.

Ahí comenzó quizás el último romance de su vida, y fue con la Universidad Nacional de Lanús, su querida UNLA -así le gustaba llamarla-, a ese espacio sagrado que le permitió comenzar a garabatear sus primeros escritos que tenían que ver con relatos urbanos breves, que invariablemente surgían de historias que escuchaba en los trenes, colectivos, colas de bancos, reuniones de amigos, familiares. Gran observador y de fino oído, el viejo era un auténtico autodidacta con un importante valor literario.

Don Bruno se consideraba un escritor marginal, suburbano, le agregaba con cierto orgullo -del tercer cordón-, que escribía sin pretensiones, y que solo lo hacía con la única intención de dejar constancia de sus pensamientos.

La otra mañana saqué a pasear a Rocco, mi perro labrador, cuando me dí cuenta de que hacía dos días que el servicio de recoger la basura no pasaba por el barrio, y me dije: ni a que se lleven la basura tenemos derecho. Pero no hay mal que por bien

no venga, ya que observé que arriba de toda la basura acumulada en el canasto de mi reciente fallecido vecino habían varias cajas de cartón que me llamaron la atención, y que por una bendita intuición supuse que eran el legado literario de Don Bruno que sin dudas ya a nadie interesaban.

Con cierto temor a ser visto, me las llevé a mi casa convencido de que tenía que resguardarlas en honor y memoria de aquel viejo querido e inolvidable, al cual -debo confesar- ya empezaba a extrañar.

Y no me equivoqué, allí estaban docenas de textos impresos y manuscritos entre los que reconocí algunos que me había leído en su momento. Pero había uno que estaba escrito a mano alzada, y se ve que no tuvo tiempo de pasarlo a la computadora, que hablaba específicamente de ese DERECHO denegado por el que había renegado toda su vida.

Me llevó un tiempito pasarlo a la computadora, me costó bastante reconocer algunas de las palabras, ya que su caligrafía era más inentendible que la de cualquier simple receta médica, y de ninguna manera me iba a permitir saltar ni una vocal que podría llevar a distorsionar lo que el viejo había escrito.

Ese cuento se titula SIEMPRE FUE AMOR, y dice lo siguiente:

*Siempre fue amor y no nos dimos cuenta.*

*Siempre estuvo ahí, aún cuando ni sabía que es lo que iba a ser de ella. Y yo, siempre*

*pasé por ahí sin siquiera presentir que un día estaríamos juntos.*

*Fueron cincuenta y pico de años de ir y venir de día y de noche, sin percibirla y con*

*miles de miradas invisibles obsesionadas en ver la nada.*

*Y ella lo mismo, su alma estaba puesta en lo brutal, en lo denso, en que el mecanismo*

*no falle nunca para que yo pueda seguir yendo y viniendo sin sobresaltos,*

*aunque ella*

*tampoco me viese.*

*Ni ella ni yo, cada uno metido en lo suyo no tuvimos tiempo para tratar de relejear el futuro, ese futuro indescifrable que con el paso de los años finalmente nos juntó.*

*Ella se transformó en una joven resplandeciente, cuando decidió reemplazar sus*

*órganos de hierro y carbón por pupitres y pizarrones, y yo.....yo ya era un hombre*

*grande ocupado en cómo hacerme amigo de la vejez y con la improbable certeza de que*

*aquella jovencita pueda siquiera darse vuelta a mirarme.*

Pero muy felizmente me equivoqué, ya que ella en su infinita bondad y yo en mi manso andar por aquellas mismas y fatigadas vías de siempre, pude por primera vez detectarla, verla joven y hermosa, extendiendo sus generosos brazos a quien quisiera conocerla.

Cuando finalmente llegué, no sé siquiera si se dio cuenta de mí, ella ya tenía

muchedumbres de jóvenes ávidos de nutrirse a los que tenía que atender. Igual, siempre fantaseo- que por un instante y aún ante tanta multitud me reconoció, e invitándome sin decirlo, me acogió en sus mágicos brazos como a un joven más.

Gracias vida, gracias UNLA, Mi Querida Universidad de Lanús. Cuando lo terminé de pasar en limpio y lo releí tranquilo, me dí cuenta de que el viejo siempre me hablaba de sus viajes en tren y especialmente destacaba a la estación Remedios de Escalada de la línea Roca, cuyos talleres ferroviarios le fascinaban y que a la postre sobre sus galpones abandonados se fundó su querida UNLA.

Creo, que con este cuento el viejo Bruno se encargó de saldar su agradecimiento y reconocimiento de SU DERECHO A ESTUDIAR.

Ya cerrando una de las cajas, de pura casualidad veo escabullido debajo de una de las tapas un pequeño texto escrito en un Post-it amarillo que decía:

*Querida Universidad, aquí llegamos  
con nuestros bastones, sorderas y  
cegueras a depositar en tu sabiduría,  
tal vez, unos de nuestros últimos  
sueños de la vida, vida que ya nos  
tiene en la mira.*





Al final, no dormí nada. De la rabia me fui a la cama y dejé la mesa puesta. Ahí estuve, masacrando el control remoto ¿y qué vi? ¡Nada!. Apagué la tele, di vueltas en la cama y en la obscuridad se me aparecía la mesa. No quería pensar, pero pensaba, y de pronto me agarraba un calor que me quemaba la nuca. Al final reconocí que iba a pasar la noche así.

Lo que son los hábitos, un día una quiere hacer todo lo contrario de lo que ha hecho toda la vida, y no puede. Me puse la bata y bajé. Prendí todas las luces del comedor y ahí estaba la mesa preparada amorosamente, inmaculada como para una fiesta. Empecé llevando las fuentes a la cocina, guardando todo en tápers y a la heladera, no mejor al freezer ¿quién se va a comer todo esto? Las ensaladas a la basura. Guardé copas, platos y cubiertos, al final solo quedó el mantel, blanco, impecable, sin una miguita. Lo doblé con cuidado y al cajón, hasta quién sabe cuándo... ¡No, nunca más!... y la rabia volvió a aparecer. Ni siquiera fue idea mía, el miércoles me llamó Joaquín.

-¿Abu qué te parece si nos juntamos este finde?, hay tantos feriados que todos podemos.

-Sí, claro, ¡qué alegría! Hace tanto que no estamos todos juntos...

-¿Qué te parece una cena el domingo?

- Sí sí... qué lindo.

- Bueno, nos vemos en tu casa, ¿Te encargás de todo vos? ¿O necesitás ayuda? -me quedé helada y muda- ¿qué? ¿no querés?

-dijo la voz extrañada de Joaquín.

-No, sí, claro que quiero.

Cómo no iba querer si no los veía nunca. Cuando eran chicos, por h o por b, Luciana me los traía a cada rato. Raúl protestaba, "no ves cómo te está usando..." "¿y qué querés que haga, son mis

nietos, no? Como si no fueran los tuyos también...”. Igual Raúl protestaba siempre por cualquier cosa. Después cuando los chicos crecieron ya no venían, Luciana los quería traer “de prepo”, “dejalos tranquilos” le decía, “a esta edad es lógico que quieran estar con los amigos y no con la abuela”, además Raúl había muerto y yo me sentía libre. Empecé a hacer cosas, salía, ¡qué sé yo! y si, cambié. Ella me criticaba. “Pero Luciana tengo 58 años, ¿qué querés? ¿que me encierre?”. Entonces me lo largó: "parece que no lo querías mucho a papá". Y al fin se lo dije: "mirá, yo a tu padre lo quise más que él a mí, pero sobre todas las cosas, lo respeté mucho más que él a mí". Estuvo un tiempo sin venir a la casa de la vieja casquivana, después se le pasó, y sobre todo se le pasó cuando se separó del salame empedernido del marido. Y ella, sí que cambió, fue adelgazando y rejuveneciendo de novio en novio, estaba bien, yo la entendía, los chicos ya estaban grandes. Y mientras ella se veía más joven, yo envejecía, porque cuando la libertad se convierte en soledad te vas achicharrando.

Al fin estaba todo en orden, el comedor, la cocina y empezaba a amanecer. Me llevé torta de chocolate a la cama, porción doble ¿y por qué no? La panza llena y el run run de la radio me durmieron, pero antes de las diez ya estaba despierta. Los hábitos, siempre los hábitos.

Día feíto, tomé mate. A las tres empezó a llover. Abrí un táper y empecé a comer mayonesa de ave, Joaquín me había dicho:

-Dale, abu, hacé mayonesa de ave, mirá que llevo a mi novia para que la conozcas.

- Ay ¿pero cuántos vamos a ser?

-Y calculale ocho, Nacho va con la novia también y lo voy a convencer al tío Marcelo Marcelito... una lágrima gorda se me cae en la mayonesa de ave y me saca las ganas de comer. ¡Hijos de puta! Desde el viernes empecé a hacer listas de compras, mandados y

a cocinar.

Cuatro de la tarde y llueve y llueve, suena el teléfono, Luciana con voz de recién levantada: -¿Cómo estás mamá? -Y yo,

-Sin dormir -y ella

-¿Por? -y yo

-¿Y por qué va a ser?- y ella

-Dejate de jorobar, tomate algo y andá a dormir -y me cuelga.

Anoche también me colgó. Esperé hasta las nueve y media, diez menos cuarto y nada, no dí más y la llamé.

-¡Pero si no quedamos en nada! -me dice

-¿¡Cómo en nada!?! ¡Ya hice todo!

-Bueno, mamá, no arreglamos y yo tengo un compromiso.

-¡Pero yo arreglé con tu hijo!

-¡Llamalo a él entonces!

-¿Y yo qué hago con toda la comida?

-¡Ponela en un táper , mamá! -y me cortó.

¿El trabajo de tres días, lo pongo en un táper? ¿Las flores, la mesa adornada, mi vestido y el maquillaje también lo pongo en un táper? Lo llamé a Joaquín y no me contestó, y a Nacho y no contestó... esperé hasta que me harté. A las once apagué las luces, si tocan timbre no les abro, pensé, pero sabía que nadie iba a tocar. Y ahora ésta me dice que me tome algo, y sí, traje las pastillitas azules, me senté en mi sillón y me las empecé a tomar una por una. Un traguito de agua, una azulcita, un traguito de agua, otra...tanta agua no, a ver si me meo encima...Se me escapa una risita.

¡Uyyy cuanto hace que no me río!... y ¡cómo llueve!

Me voy como yendo...tan, tan tranquila... Me despierto, hace frío y está oscuro...Tengo frío... me vuelvo a dormir. Sueño con la carabela de Colón... Estoy en la bodega... Nos hundimos... Los barriles flotan en la obscuridad. Golpean contra las paredes de la nave. Me mareo... Es un sueño... es un sueño. Colón no se

hundió, llegó...

Me despierto,.. Tengo náuseas. El frío me descompone... Voy a vomitar. Sé que estoy en el sillón, me voy hacia un lado para no mancharlo, como en el auto cuando estaba embarazada y Raúl decía "¡No me ensucies el auto!" Cretino desgraciado ¡A mí se me va el alma por la boca, y él se preocupa por el auto. Vomito, apenas me doy cuenta, tengo la boca dormida. ¡Cuánto líquido! Me mojé las piernas, trato de mirar....No veo nada.... Todo es negro... Trato de bajar la mano que está sobre el brazo del sillón...No me responde. Me esfuerzo... ahí está, la bajo hasta la pierna... ¡agua... toco agua...! Me despabilo! Sin darme cuenta me pongo de pie. Me tambaleo y me caigo sobre el sillón ¡No! ¡¡El sillón ya no está!! ¡¡Me hundo en el agua!!...No puede ser me estoy ahogando, y no quiero...Ahora entiendo...Es la lluvia...la lluvia... Me levanto, encuentro una pared... No veo. No importa... Conozco la casa de memoria... Tengo que llegar a la escalera... ¡¡Raúl!! ¡¡Ayúdame!!! Raúl me llama... no, estás muerto y yo no quiero ir con vos ....Escucho una voz de mujer...¡Hijo de puta estas con otra! La rabia me da fuerzas ..Se me termina la pared y casi me voy de cabeza... Es la puerta del comedor... Un poquito más y ya llego...Toco la baranda de la escalera con la punta de los dedos...La voz de mujer dice ¡mamá!... Es Luciana ¿qué hace acá?... Dios mío perdí la baranda... No la encuentro... no la encuentro... La carabela se hunde...



Don Pedro, hombre humilde y sencillo como pocos, estaba por cumplir sus saludables 80 años.

Siempre comentaba que prácticamente a lo largo de su extensa vida no había tenido ninguna enfermedad de gravedad, solo sarampión en la escuela primaria, alguna gripe invernal, una tremenda indigestión cuando el cumpleaños de 15 de su prima, y una inolvidable borrachera cerca de los 18, cuando en esa fiesta conoció a Rosa, la que hoy es su mujer.

Cincuenta y cinco años de matrimonio, cuatro hijos, nueve nietos y a punto de ser bisabuelo.

...Pero esa noche, se despertó de madrugada con un tremendo dolor en la parte derecha de su vientre.

En silencio se levantó, y en silencio se encerró en el baño donde estuvo casi una hora transpirando y no pudiendo “mover el vientre”.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Rosa le preguntó:

- Pedro ¿anoche te levantaste, o soñé?
- No, no soñaste. Sentía y siento un fuerte dolor aquí, mientras se señalaba el lugar exacto del dolor.
- Pedro, ¿por qué no vas a ver a la doctora?
- Dejame de doctores, ya se va a pasar.
- Si mañana no se te pasa, te consigo un turno. Y usted va sin chistar.

Al otro día, doña Rosa buscó los papeles del PAMI y concertó una entrevista con la doctora de cabecera de Pedro a quién no había visitado nunca, desde que se jubiló.

Don Pedro, impaciente y un tanto nervioso, hojeaba las viejas revistas en la sala de espera de la doctora Prato.

Con disimulo comparaba su vejez con la de los otros pacientes.

No se sentía identificado con ninguno de ellos. Pensaba, “carajo, qué horrible es volverse viejo”. Cuántos de sus amigos ya habían partido, y él seguía fuerte como un roble.

Desde siempre le gustaba sentirse como un roble.

Como a las dos horas le tocó pasar al consultorio de la eximia diplomada.

Al entrar la doctora con desgano le extendió la mano sin dejar de mirar los papeles que le había alcanzado la secretaria.

- Pedro Montero ¿verdad?

- Sí - contestó con voz baja Pedro.

- ¿Qué lo trae?- preguntó sin levantar la vista. -. Es la primera vez que lo veo por aquí.

- Es que nunca sentí nada, hasta hace unos días, que siento un dolor en el estómago y no puedo... disculpe... mover el vientre.

- Bien, veamos.

La doctora Prato se levantó e invitó a Pedro a sentarse en la camilla.

Con el estetoscopio le recorrió el abdomen y dijo como para sí:

- Los ruidos intestinales están bien, el estómago no lo tiene hinchado.

Vamos a hacer algunos análisis y cuando tenga los resultados me los trae. La secretaria le va a hacer la orden.

¿Eso es todo? Ni la presión me tomó.

Se levantó y dudó en darle la mano como despedida.

Susana, la secretaria, gorda, bajita y agria, sin mirarle a los ojos le ordenó:

- El carnet de PAMI.

Pedro entregó la tarjeta que lo identificaba, ¿me identifica o sólo soy un número?

Los ancianos en la sala de espera, iban desfilando arrastrando sus dolores.

Pedro los sentía como fantasmas de una pesadilla.

- Bien- dijo la agria secretaria. .- Tiene que hacerse un examen para ver si hay sangre oculta en las heces.

- Disculpe- dijo Pedro con timidez - No entiendo.

- No importa si entiende o no. En el laboratorio le van a decir qué hacer. Buenas tardes.

Esa, ¿era para Pedro una buena tarde?

Despaciosamente se desplazó hasta la salida.

Sí, sin dudas era un anciano más.

De pronto le golpeó en toda su humanidad que acababa de entrar en la tercera edad.

En el Laboratorio larga cola de ancianos, con sus tarjetas y órdenes en mano.

Al fin el 225, su turno.

Con paso firme se acercó al mostrador y trató de ser simpático con la jovencita que lo atendería.

La joven lo saludó con una sonrisa y le pidió los papeles, al fin se encontraba con un ser humano. Mientras los leía le dijo:

- Bien, tiene que hacerse un análisis de materia fecal...

- Disculpe... no entiendo.

Mientras le daba un pequeño frasco estéril y bajando la voz le dijo en tono confidencial:

- Es un análisis de caca.

- Señorita hace como un mes que no muevo el vientre.

- Ah... ¿está constipado? Ya va a hacer, pone una pequeña porción de su deposición en este frasco y nos lo trae. ¿Entendido?

- Sí, entendido.

Con cierta vergüenza, rápido, metió en el bolsillo de su campera el frasquito alcahuete.

Mientras esperaba el colectivo para volver a su casa le sonaban esas palabras que no figuraban en su simple vocabulario. Constipación, materia fecal, heces, deposición...

Un poco triste, un poco decepcionado, entró a su casa con paso lento.

Rosa ansiosa le preguntó:

- ¿Qué te dijo la doctora?

Mientras Pedro se sacaba la campera y la apoyaba en una de las sillas de la cocina le pidió a su mujer:

- Preparate unos mates y te cuento.

Se sentó apoyando sus brazos en la rústica mesa y buscaba cómo empezar su relato.

- Mirá vieja...

Doña Rosa con atención esperaba ansiosa

- En todos estos años que estamos juntos, no hubo entre nosotros ni un sí ni un no. Siempre te respeté y me respetaste, pero no sé cómo...

Con vergüenza buscó en el bolsillo de su campera y sacó el frasquito plástico.

- ¿Y eso? - Preguntó doña Rosa.

- Tengo que hacerme un análisis de materia fecal.

- ¿...?

- De caca Rosa -dijo Pedro con vergüenza.

- Pero si hace como un mes que no vas de cuerpo.

- Se lo dije, pero no me escucharon. Constipación se llama.

Pedro, al día siguiente fue hasta una librería que estaba en la calle principal del pueblo donde vivía desde siempre.

Intentó pedir un libro sobre la constipación, pero no se atrevió a pedirselo a la joven vendedora.

- ¿Qué anda buscando abuelo? -preguntó la joven, intentando ser simpática.

Pedro pensó, “abuelo, la puta que te parió”.

- Mire, busco algún libro de medicina.

- Libros de medicina los va a encontrar en las estanterías del fondo.

Pedro fue a la estantería del fondo. Libros y más libros. “Clínica pediátrica”, “Fisiología del sistema nervioso”, “Eco cardiografía”, “Patología estructural”, “Traumatología”, “Guía de medicina nuclear”...

Un joven vendedor vio que Pedro estaba desorientado y se le acercó

- ¿Lo puedo ayudar?

- Estoy buscando algún libro sobre la constipación -dijo por lo bajo.

- Constipación en aquel estante.

- Muchas gracias.

Pedro tomaba cada uno de los libros: “Constipación e insuficiencia sexual”, “Ciruelas mágicas”, “Constipación y la incapacidad de expresarse”, “Constipación en el embarazo”, “Constipación y neurosis”, “Acabe ya con la constipación”. Este parecía ser el libro indicado.

Con disimulo se acercó a la caja, pagó y salió con el libro mágico. En la plaza vecina desfundó el libro y salteándose las dedicatorias y el prólogo comenzó a leer con ansiedad, salteaba las hojas hasta que llegó a la dieta para combatir la constipación.

Contó cuánto dinero le quedaba y con paso ágil se encaminó hacia la verdulería.

Rosa se sorprendió al verlo entrar cargado de frutas y verduras. Mientras con entusiasmo dejaba los paquetes sobre la mesa de la cocina, tiró el libro sobre la mesa y señalándolo.

- Vieja, ahí, en ese librito, está la solución.

- ¿Te vas a hacer vegetariano? ¿Y el lechón que ibas a hacer para tu cumpleaños?

- Puede esperar.

- Menos mal que todavía no lo compramos.

Y Pedro y Rosa comenzaron a cambiar su rutina culinaria, por ensaladas de todo tipo y color, poca sal, frutas y más frutas,

panes integrales, germen de trigo, yogurt, aceite de oliva, nada de cigarrillos ni vino.

... Pero la “defecación” no aparecía. Largas horas en el baño. Sudor y nada, nada.

El domingo se juntó con su familia en la casa de una de sus hijas. Pedro, rodeado de hijos y nietos festejaba su primer cumpleaños vegetariano.

Una de sus hijas con gran sentido del humor, en lugar de la torta cumpleañosera, puso sobre el centro de la mesa, una fuente con una gran ensalada multicolor y unas velitas con los 80 años.

Pedro agradeció aunque no pudo dejar de decir:

- Mi lechón, por esta comida para vacunos.

- Bueno papi, el año que viene...

- Sí chiquita, el año que viene.

Al día siguiente Pedro fue a cobrar su magra jubilación. Cientos de jubilados como él esperando pacientemente.

Desde la puerta del Banco, tenía clavada la vista en el baño de hombres, como si ese fuera un recinto reservado solo para privilegiados.

Apretando los pocos billetes que guardaba con celo en el bolsillo de su saco despaciosamente se fue acercando a su casa.

Entró en la casa, fue hacia la cocina que hacía tiempo no olía a comida caliente y con tierno beso saludó a “su” Rosa.

De pronto, con violencia, irrumpieron dos jóvenes pistola en mano. Uno de ellos, medio sacado ordenó:

- Vamos viejo. Dejá de franellear a la vieja y danos la puta jubilación.

El joven delincuente miró extrañado a su compañero.

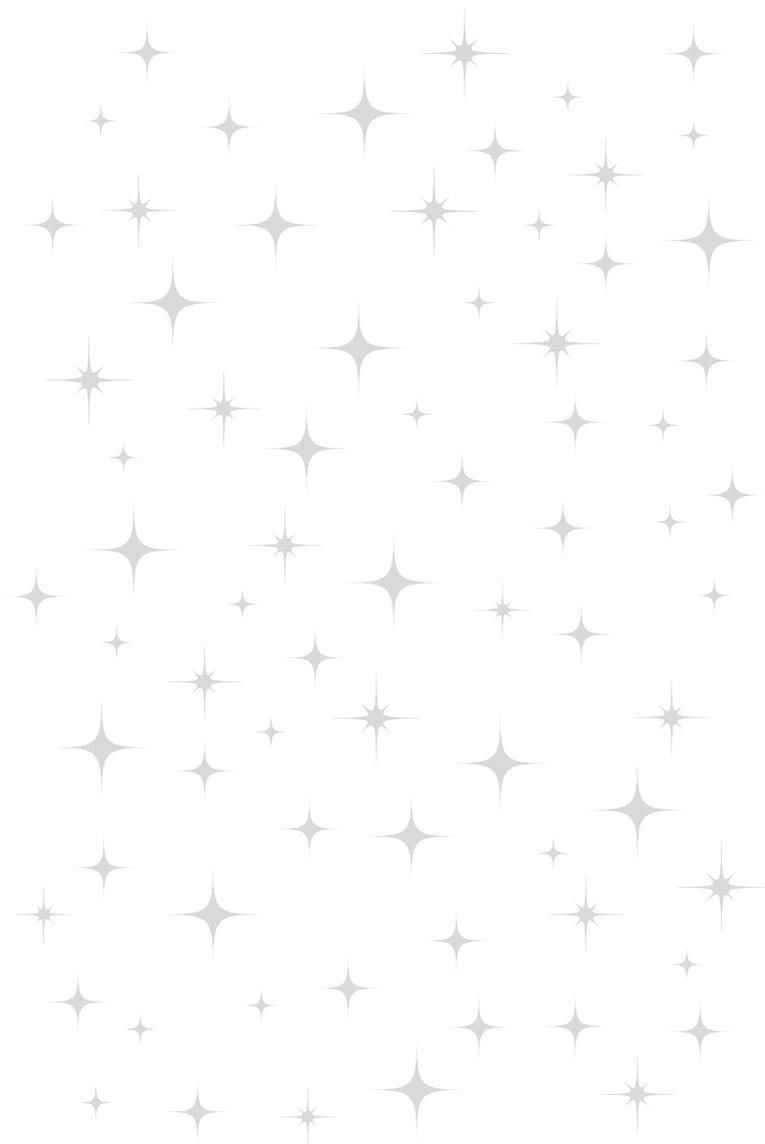
- Otra vez boludo... ¿Qué es ese olor?

Don Pedro con alegría comenzó a gritar:

- Me cagué vieja, me cagué...

Y bailando, se abrazó al delincuente que sorprendido bajó el arma y con rápido movimiento Pedro la hizo suya y comenzó a disparar al aire mientras no dejaba de gritar:

- Me cagué... por fin me cagué.







Estoy sentada. Convenientemente perfumada y vestida formalmente. Una camisa blanca, cerrada, mangas largas y puntillas en los puños. Un collar de perlas fantasía y una pollera hasta los tobillos de color turquesa. Zapatos negros coronados con una cinta de cuero del mismo color. El cabello, nieve natural, corto y prolijamente cortado. Las uñas largas y rojas, los ojos pintados mejoraban mi mirada. Gladys se encargó de “producirme”. Ese término utiliza cuando me acomoda para una ocasión importante.

El sillón es cómodo realmente. Ya ha adquirido mi forma. Es un guante que se adapta a mi estructura, me abriga sus curvas.

Tengo un televisor delante y algunas compañeras de ruta, muy ancianas, sentadas unas en el mismo sillón, otras en otros. Todas tienen el mismo televisor delante.

Es raro, pienso, estar mirando televisión sin mis anteojos. ¿Dónde estarán mis anteojos?

Algo hace que esté inquieta, nerviosa. Ignoro las razones. La memoria ya no me acompaña como antes. Me muevo y me reacomodo en mi sillón, me da sueño.

Me despierto de un sobresalto al escuchar lo que creo fue una puerta al cerrarse estrepitosamente. Sigo con el televisor delante y sin mis anteojos. ¿Dónde estarán mis anteojos?

Estoy inquieta de un modo distinto a otras veces, pero no tengo hambre.

Observo desde mi posición a Raquel caminar hacia su habitación. Es rara, nunca me llevé bien con ella.

Estoy inquieta, pero no tengo hambre. No es la hora. Estoy rodeada de personas mayores.

Me da sueño. En esta oportunidad, quizás por los nervios, no me duermo. Eso no está bueno y lo que tampoco está bueno es

ponerme a pensar. ¿Para qué mi Dios?

Pienso en la muerte, en la de los demás y en la mía propia.

Pero, advierto, en la medida que avanzo en mis cavilaciones, que analizo también mi vida.

En la presente, si es que existe un presente escurridizo, que se escapa entre las manos, como el agua que intentamos acopiar para lavarnos la cara y, sin solución de continuidad, secamos para que desaparezca todo rastro de su existencia. En la pasada, tan confusa, lejana y ajena a pesar de ser mía. En la futura, tan inexistente.

Pienso que fui docente. ¿O soy todavía docente? Porque la docencia no se extingue con la jubilación. ¡Bah! Eso pienso. También pienso en mis clases de filosofía.

Caigo nuevamente en el laberinto del tiempo y en las tesis de su inexistencia. Ni el pasado que ya fue, ni el presente que se escapa con una velocidad imparable, ni el futuro que no fue, ni es, me dan respuesta.

Soy hija, luego existo.

Soy madre, luego me perpetúo.

Soy abuela, luego recuerdo que tengo alma.

Pero, también soy amiga, hermana, tía, sobrina, nieta, compañera, trabajadora, despedida, reincorporada, emprendedora, mujer, profesional, dependiente, líder, superior, inferior, asalariada, independiente, consumidora. Soy de tantas maneras, fui de otras y seré y no seré de otras, que llenaría con la descripción infinidad de hojas sin sentido describiéndolas. Qué cómodo está este sillón.

También, fuera de toda cordura, pienso que la muerte no existe, puesto que, está comprobado, ésta se daría en un momento unívoco, por lo menos así dan cuenta los certificados de defunción y, si el tiempo no existe, los momentos, menos aún. Ergo, la muerte no existe.

Cuando el júbilo de esta última disquisición inunda mi espíritu, caigo en la cuenta de que no conozco persona inmortal más allá de la fe. Si las personas, entonces, no son inmortales, quiere decir que las personas mueren, ergo, la muerte existe. Existe el tiempo y todos los físicos están equivocados.

Pero, como no creo que los físicos se equivoquen porque son muy prolijos en sus hipótesis y en sus tesis, termino convencíendome de que el tiempo no existe, ergo, la muerte no existe.

Y así ando por el mundo. Soy creyente y atea al mismo tiempo. Creo en Dios ante la insinuación de un resfrío, ante el nacimiento de un hijo, ante el de un nieto y mientras duran las emociones intensas provenientes de la naturaleza, del amor y de todas esas cosas. Cuando se alejan en el tiempo me acostumbro a ellas y me vuelvo atea práctica. No es que practique el ateísmo, es que, por comodidad, el ateísmo acompaña la mayor parte de mi vida.

También pienso que el apotegma “pienso luego existo” es una falacia. Porque los que menos piensan (todos conocemos a muchos) tendrían que existir menos y no me cierra la frase: “Pienso poco luego, existo poco” aunque, ahora que lo advierto, la podría patentar.

¡Ufa! Y ahí comienzo nuevamente. ¿Es que la filosofía tiene sentido? ¿A qué hacerse preguntas que nunca tendrán respuesta? ¿A qué hacerse preguntas que, al insinuarse someramente alguna respuesta, generan exponencialmente, otras preguntas que correrán igual suerte que las precedentes?

Era yo una vez una niña, que ya no es, pero que fue. De cabello ensortijado y largas polleras, medias tres cuarto y zapatos abotinados con la suela pegada, con clavos martillados por el zapatero de la vuelta, y ocasionalmente por mí misma.

Hablando de martillazos; esos son los que jalonan la vida de todos los mortales. Los zapatos en aquellas épocas lo sabían.

¡Uy! Sigo inquieta, pero los pensamientos se van haciendo cargo

de todo mi espíritu.

Esos martillazos en los zapatos me dolían y ¡cómo!, no porque los ejecutara con los pies dentro, sino, porque cuando me ponía esos zapatos, sufría las consecuencias de algún desvío, de algún clavo que se resistía a cumplir acabadamente su función. Lo que provocaba que alguna punta quedara expuesta a la piel, de cualquier dedo, de cualquiera de ambos pies.

Esos martillazos y esos dolores fueron la metáfora de mi futuro. El que avisa no traiciona.

A mi lado crecían otros niños y otras niñas con otros pelos ensortijados, caras buenas de niños buenos, traviosos, tristes y alegres a retazos. Unos más cercanos, otros no tanto. A todos los dejé de ver.

Fueron mutando, poco a poco, sin prisa pero sin pausa. Fueron inclinándose, cual Torre de Pisa. Unos para un lado y otros para el otro, para arriba o para abajo, separándose, desapareciéndose, desconociéndose.

Yo, en realidad, en aquellos tiempos, no lo había advertido, pues estaba convencida de que el tiempo no existía, y que todo estaba constituido por un universo, estacionariamente, estático.

La circunstancia de no advertirlo, adecuadamente, no fue muy beneficiosa para mí.

“Pero ¿cómo? Si fulanito era tan bueno y gracioso”.

Si. “Era”, efectivamente. Pasado del verbo ser.

Todo cambia con el transcurso del tiempo. Si bien se da en años, éstos corren tan de prisa que no lo advertí.

Todo el paisaje mutó. Los lugares de juegos, los cines, el teatro, los colegios, los chicos, las chicas. Yo cambié también, tanto, que me cuesta reconocerme. Cambiaron los amigos, las amigas, las actividades, las inquietudes, el pelo, la panza, los trajes, las mujeres, los hombres, las leyes, la tecnología, los electrodomésticos cambiaron. Todo cambia.

En realidad, lo que debo hacer para que nada cambie, es viajar, se le ocurrió pensar a mi pensamiento. Viajar muy rápido tiene que ver con el viaje a través del tiempo. Eso es el turismo. Por eso se viaja más cuando uno se jubila. Para detener el tiempo, la muerte. Y aquí viene otra vez la discusión filosófica con un ingrediente de la física.

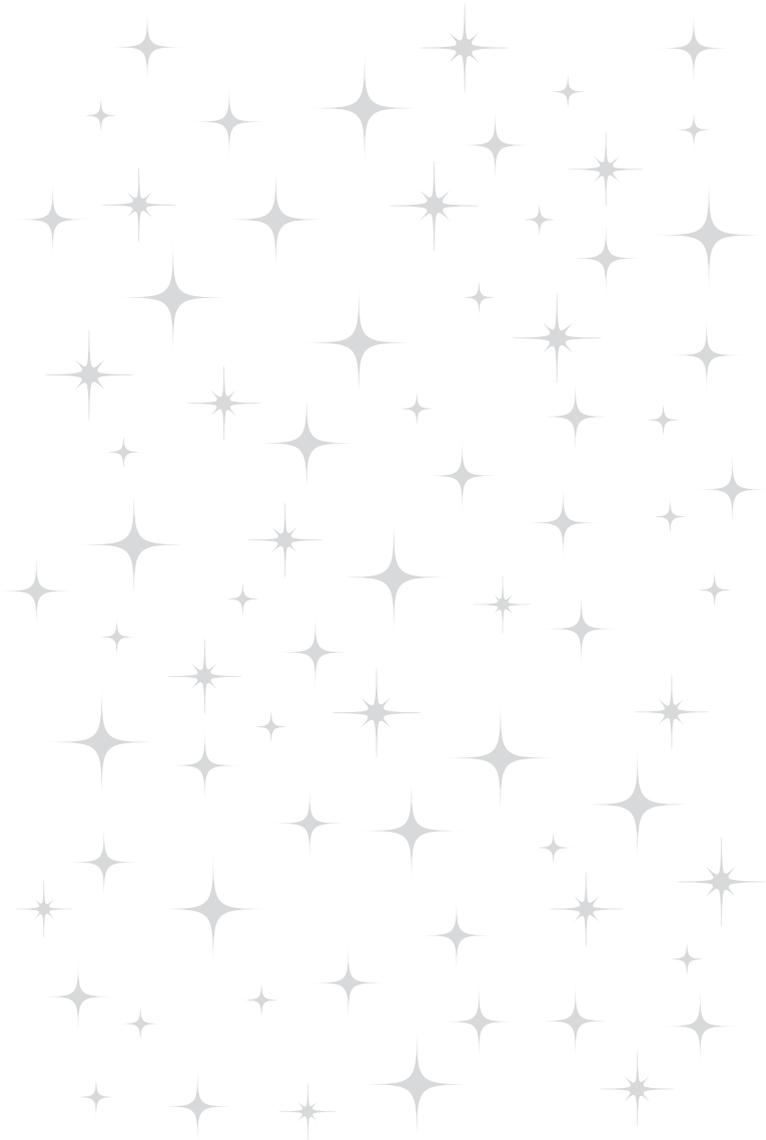
Todos me llaman Mecha, creo que desde siempre, pero me llamo Mercedes.

¡Pasó tanto tiempo! Tantos hijos, tantos nietos. Ya casi no los recuerdo pero tengo sus fotos amarillentas en la mesita de luz al lado de mi cama. Cinco hijos y “tantos” nietos. El tiempo no pasa para ellos desde esas fotos. Recuerdo al “Paco”, así le decían sus amigos y a veces así también lo llamaba yo. Aunque, debo reconocer, también lo llamaba por el apellido. ¡Qué extraño! ¡A mi cónyuge en primeras y únicas nupcias, lo llamaba por el apellido!

Con el Paco, tuvimos cinco hijos y no recuerdo ahora cuántos nietos. En realidad, los nietos los tuvieron nuestros hijos. El Paco tenía su filosofía familiar al respecto: “Mecha, tengamos muchos hijos, alguno nos saldrá bien”. Tentó mucho al destino “El Paco”.

La mesa estaba puesta. Una torta coronada con el número 90 en forma de vela, iluminaba escasamente su alrededor. El resto del comedor se había quedado en penumbras. Ahora sí, hacía esfuerzos para no dormirme y sostenía los párpados con fuerza. Me comenzaron a rodear mis cinco hijos y mis nietos. Todos igualitos a los de las fotos amarillentas de mi mesita de luz. No había pasado el tiempo para ellos. El lugar estaba lleno de gente, de “mi gente”. Mis nietas más pequeñas rivalizaban conmigo para apagar la mecha. Las lágrimas corrieron el rímel. ¡Estaba Feliz! Con un pañuelo bordado con mis iniciales me sequé los ojos. Luego, mientras lo guardaba en el bolsillito de la camisa,

pude observar el televisor, la mesa con la torta, el número 90 y sólo mis amigas del hogar y algunas empleadas con delantal celeste cantándome el “feliz cumpleaños”, ¿dónde estarán mis anteojos?





Berisso, allá por el mil novecientos treinta y pico.

Martín Pescador, ¿se podrá pasar? Pasará, pasará pero el último se quedará... Así una y otra vez repetían el juego entre risas, mientras la hilera de niños serpenteaba antes de atravesar la barrera. Ella, pequeña, flacucha, tímida, no jugaba, sólo los observaba.

Hacía poco tiempo que había llegado a esa ciudad, Berisso, llamada la Capital del Inmigrante, proveniente de la lejana Ucrania. Atrás habían quedado sus padecimientos por la hambruna desatada producto del régimen de Stalin, pero en su memoria permanecían inalterables los recuerdos espantosos de la represión, de las requisas organizadas que a diario sometían a los pobladores, para que entregaran sus semillas, los granos de maíz, los cereales, su dignidad...

Había visto morir de inanición a muchos de sus vecinos y algunos parientes.

Aún recuerda a su madre llamándola con insistencia: Tamara!!! Ven a cantar!!!, ese era el modo que tenía ella para que sus pequeños se olvidaran del hambre... ya que todo había sido confiscado, a excepción de una vaca, gracias a la cual pudieron sobrevivir. Le costó bastante aprender el idioma, pero cada día una palabra nueva, un nombre, una amiga, fueron logrando borrar la tristeza de su rostro, un rostro bello, de grandes ojos azules, enmarcado por una cabellera rubia recogida en dos prolijas trenzas unidas sobre su frente en forma de corona.

Ya no veía volver a sus padres con las manos vacías después de una ardua jornada de labor en las granjas colectivas, como en la

lejana Ucrania. Ahora, en esta tierra generosa, tenían el alimento diario, las verduras provenientes de la huerta que su madre con esmero cultivaba, mientras su padre cumplía sus tareas en el frigorífico.

Ella se ocupaba del cuidado de las gallinas, pero habiendo crecido con tantas restricciones parecía dosificar los granos de maíz y el afrecho con el que las alimentaba.

En la primera navidad que pasó aquí, en su nueva tierra, estrenó un vestido azul como el color de sus ojos, confeccionado por su madre, y se sentía maravillada. En el humilde hogar casi no había muebles, pero se las ingeniaron entre todos para armar una mesa sobre cajones e improvisaron sillas con latas y otros recipientes; por fin eran felices.

Sus dos hermanos mayores parecían aprender el idioma con más facilidad y escribían, con un palito en el patio de tierra, las palabras nuevas; Tamara los admiraba. El próximo año ingresarían a la escuela, así que ese verano había que aprovecharlo al máximo, entonces todas las tardes, sentados los tres bajo la sombra protectora de un gran árbol de cerezas, leían todo lo que llegaba a sus manos: periódicos, revistas, envases y etiquetas.

Martín Pescador, ¿se podrá pasar? Ahora ya Tamara se animaba a jugar, en el terreno baldío de la esquina y se encendían sus pómulos correteando con sus amigas bajo el sol abrasador del verano.

A veces recordaba la larga travesía del viaje desde Ucrania a Argentina, pero esos recuerdos estaban como desdibujados, quizás por lo penoso del mismo. Sólo había algo de nitidez en su memoria cuando pensaba en aquel niño un poco mayor que ella, que escondía mendrugos de pan en sus bolsillos (recogidos ingeniosamente de los sobrantes del comedor de primera clase) y se los daba cuando en las tardes se sentaban en la cubierta del buque a conversar junto a otros niños. Tamara vergonzosa se lo

agradecía dibujando una mínima sonrisa que trataba de ocultar mirando hacia el suelo y escondiendo su rostro entre sus manos. Recordaba su nombre: Basilio, a quien vió por última vez cuando al llegar a Buenos Aires, tras haberse hospedado por dos o tres días en el Hotel de los Inmigrantes, comprobó que él partía con su familia vaya a saber a qué destino.

Berisso, allá por el mil novecientos cincuenta y pico.

La vida transcurría tranquila y feliz, pero esa felicidad se vió opacada por la muerte temprana de su padre. Tamara casada y con dos pequeños hijos trataba de ocultar su dolor, llorando a escondidas cuando nadie la veía; quería parecer fuerte y valerosa. Pocos años después también murió su madre , así que ella volcó todo su amor y su energía en la crianza y educación de sus hijos, trabajando a la par de su esposo en una empresa y comercio familiar, hasta que enviudó, sus hijos ya casados se alejaron y quedó sola, muy sola.

Ciudad de La Plata, allá por el dos mil y pico.

Tamara llega a un lugar en el que nunca antes había estado. Su hijo mayor la ayuda porque le cuesta caminar. Hay muchas personas, mujeres y hombres con la piel arrugada como la de ella, con sus cabelleras encanecidas, con manos temblorosas, algunos en sillas de ruedas, todos sentados formando un círculo alrededor de una mesa central, sobre la cual hay una carpeta tejida al crochet como las que ella solía tejer.

Siente algo de temor, el olor no le gusta, hay un olor a sopa como en los hospitales, se quiere ir, pero su hijo se lo impide, la convence de quedarse; apoya la pequeña valija con las pertenencias de su madre y trata de acomodarla en un sillón algo desgastado,

cubierto con una funda marrón que tiene olor a pis. Ella se quiere ir, sí! se quiere ir, mira hacia la puerta de entrada, pero está tan lejos...

Tamara no recuerda casi nada, ni dónde vivía, ni cuántos años tiene, ni siquiera recuerda lo que comió ayer, la enfermedad le ha robado todos sus recuerdos o casi todos, porque a veces recita susurrando: Martín Pescador, ¿se podrá pasar? Pasará, pasará, pero el último se quedará...

Como no puede moverse demasiado, se resigna y se queda acurrucada en ese sillón maloliente. Por lo menos hay una estufa-hogar a gas con leños artificiales que da calor ese día de invierno tan crudo, tan frío. Se siente muy sola, desvalida, extraña, en ese lugar poblado de gente con la mirada perdida, como ausentes.

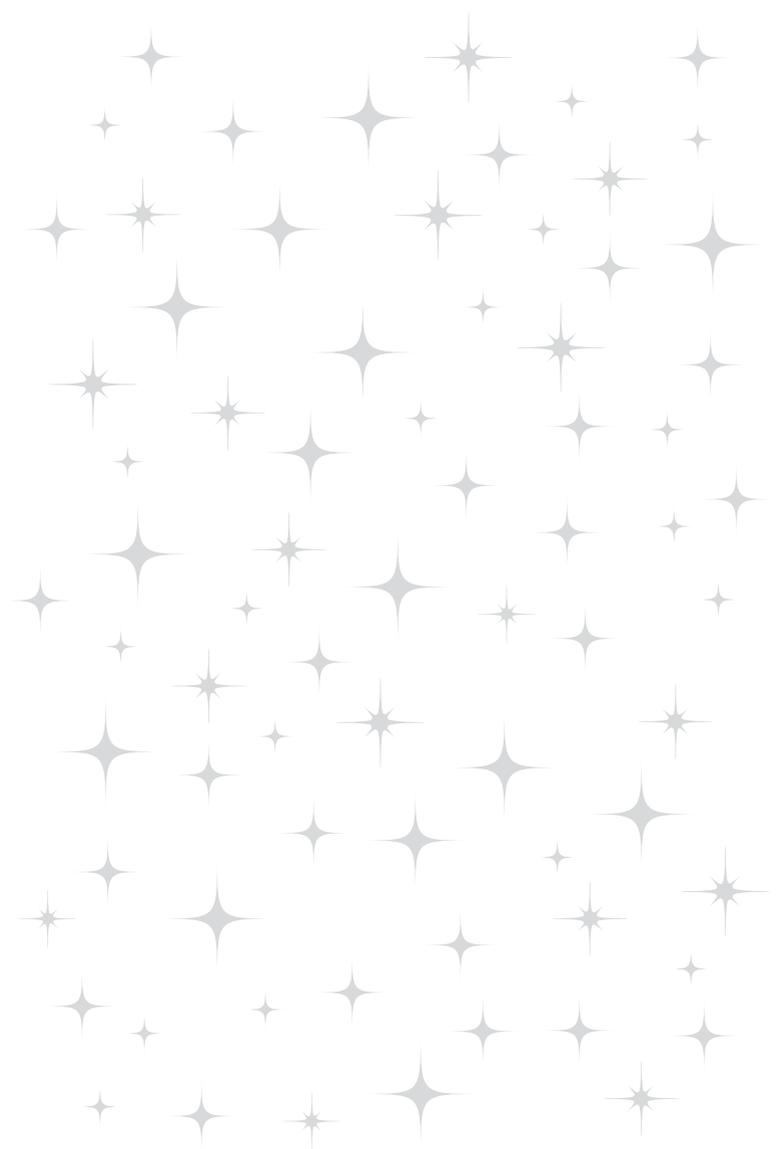
A algunos ancianos los llevan adentro, a las habitaciones, porque se cansan, otros llegan arrastrándose con andadores, caminando con bastones o con muletas y todos parecen esperar el momento de la cena, mientras el televisor muestra imágenes a las que nadie presta atención. Hay un suave murmullo que permite oír el lamento de una viejecita que pregunta por sus hijos que no han ido a visitarla, y no para de quejarse aunque parece que nadie repara en ella.

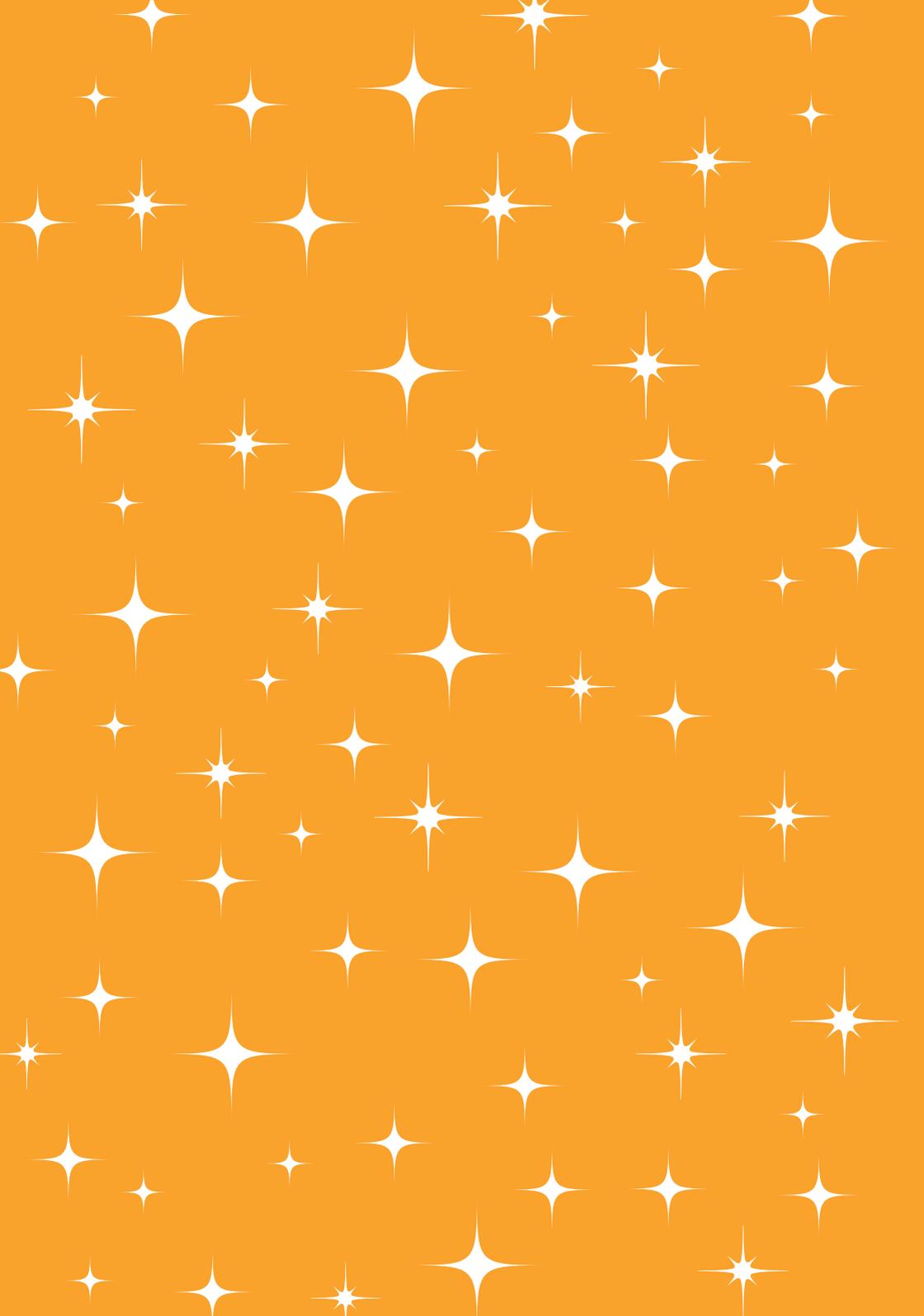
De pronto la cara de Tamara se ilumina, fija la vista en un anciano que ingresó al salón apoyándose en un bastón y parece conocerlo, sonrío, y él también sonrío.

Cuando el reloj marcó las ocho de la noche, llegaron los enfermeros y los llevaron a todos al comedor. Había distintas mesas, a Tamara la acomodaron en una junto a otras mujeres, el olor a sopa ya no le pareció tan malo, tenía hambre, comió todo.

Cuando estaban a punto de trasladarla a su dormitorio, el hombre del bastón que ella creía conocer se acercó y sacó de sus bolsillos unos mendrugos de pan y se los dio. Al fin le habían

devuelto uno de sus recuerdos: Basilio!!! exclamó; rieron y se abrazaron, los dos tenían sus miradas azules, esos ojos inolvidables, inconfundibles y profundos que los años no pudieron borrar.







Adelaida Aguilera tiene 78 años. Vive sola en su departamento, ubicado en La Perla, uno de los barrios de Mar del Plata, cercano al centro de la ciudad.

Es muy temprano, apenas comienza a amanecer. El sol se asoma por el horizonte, lo que permite darle unos minutos más de oscuridad a la ciudad.

Adelaida se ha tomado un tiempo para admirar la belleza de este día, como habitualmente lo hace.

La claridad de la mañana se filtra por la ventana. Al levantar la persiana, las flores de la enredadera de la casa vecina se ven desde su ventana.

Se escucha la música de una radio a lo lejos. Los acordes de “La Vida es un Carnaval” cantada por Celia Cruz la entusiasman, y Adelaida comienza a moverse al ritmo de la música.

En el reloj de su cuarto son las ocho de la mañana. Camina con lentitud y ayudándose con su bastón avanza hacia la cocina. Ella padece trastornos de deambulación, provocados por la osteoartritis de ambas rodillas.

Ha quedado viuda hace tres años, luego de un prolongado matrimonio con Domingo, con el que estuvieron juntos desde muy jóvenes.

Adelaida siempre ha sido muy activa y desea seguir siéndolo, pero sus dolores la limitan.

En este instante piensa en sus propias vigiliias, en las que siempre están presentes sus deseos de pintar, de crear... de reforzar ese talento que todos dicen que tiene.

Desde pequeña ha sido una niña imaginativa, aunque ella cree que ha perdido esa cualidad. Recuerda a sus padres, quienes siempre la estimularon permitiéndole explorar con libertad, apoyándola en

hacer lo que deseaba. Piensa en sus maestros quienes le rescataron su perseverancia, su poder de concentración y su optimismo para lograr sus objetivos.

Hoy siente rabia por sus dolores, está enojada por la evolución de su patología. Piensa que no es justo que le suceda. Está acobardada por tantos estudios médicos, por las interminables interconsultas y la batería de medicamentos indicados. Tiene bronca por lo que le pasa. Adelaida desea “hacer cosas” y piensa que está limitada justo a esta altura de su vida en que desea disfrutar cada momento.

Sus pensamientos la transportan a lugares a los que no puede ir físicamente, su memoria la lleva hacia atrás en el tiempo, su inteligencia le anticipa actividades futuras.

El sonido del timbre, la sobresalta... ha llegado su vecina Rosa quien en su tiempo libre la ayuda en las tareas del hogar.

Ambas se saludan y se disponen a desayunar juntas.

Rosa: ¿Cómo has amanecido hoy?

Adelaida: Mi artritis no me da tregua.

Rosa: Después que te vio el especialista de rodilla, tenías claro el diagnóstico y los tratamientos.

Adelaida: Sí, todo está bien. Sé que debo comenzar a hacer algunas cosas, pero...

Rosa: Te recuerdo que estás mucho mejor desde que comenzaste con las sesiones de kinesiología.

Adelaida: Los dolores persisten y el médico dijo que no me movi- ce sola, porque me puedo caer. ¡Ese es mi miedo!

Rosa: En la medida de mis posibilidades te puedo acompañar cuando lo necesites, pero mis horarios son limitados.

Adelaida: Pensé sobre lo que conversamos días pasados. Sería bueno tener la asistencia de una cuidadora domiciliaria. No quiero terminar institucionalizada.

Rosa: Si estás de acuerdo me pondré en campaña para buscarte

una cuidadora domiciliaria.

Adelaida: Sí, sé que podré contratarla porque cuento con obra social y percibo una pensión decorosa. Estaré acompañada y podré hacer lo que me gusta.

Rosa: Sí te conozco. Sé que no te gusta vivir aislada. Un camino es cumplir con los tratamientos indicados para superar el dolor y concretar lo que te gusta hacer.

Adelaida: Retomar pintura, eso es lo que quiero hacer. Estoy leyendo mucho sobre técnicas y artistas. Mi proyecto es inscribirme en alguno de los cursos que se dictan en la ciudad para asistir a un Taller. Creo que tengo derecho a hacerlo.

Sus pensamientos la llevan a analizar que no puede seguir viviendo sola, que conoce a poca gente y no tiene familiares cercanos en la ciudad para que la acompañen. Reconoce que sus contactos con el afuera son limitados y que sólo cuenta con una sobrina que reside en Mendoza, con la que esporádicamente se comunica por teléfono.

Rosa le ha comentado que, en el Municipio donde viven, se está desarrollando el Sistema de Prestación del Programa Nacional de Cuidados Domiciliarios.

Ella mediante una nota solicita el servicio de una Cuidadora Domiciliaria. El trámite tiene respuesta favorable y se le concede una Cuidadora Domiciliaria.

Luego de pasados algunos meses, la realidad de Adelaida ha cambiado. Se la ve recuperada, casi totalmente. Ha contratado a una cuidadora llamada Inés Villanueva. Es una muchacha de 50 años, quien la acompaña durante ocho horas, todos los días de la semana, desde hace siete meses.

Inés la asiste regularmente, controla su medicación, la acompaña para que realice los tratamientos que necesita y se ocupa de que Adelaida se sienta libre para actuar.

Hoy es domingo, ha llegado Rosa de visita. Al verla tan recuperada, también ella se siente bien.

Rosa: ¡Qué bien se te ve!

Adelaida: Gracias a vos Rosa, he conocido a Inés. Ella me acompaña en todo lo que necesito. Poco a poco se están espaciando mis dolores. Estoy saliendo de mi estancamiento.

Rosa: Creo Adelaida que vos sos un verdadero exponente de muchas personas que creen que la vejez no es sinónimo de decrepitud. Estabas incómoda con esta vida de pasividad que llevabas y aceptaste buscar el camino indicado para solucionarlo. Tomaste una decisión acertada.

Adelaida: Estoy convencida de que las personas de edad, por el solo hecho de serlo, tienen derechos. Esto puede sonar como un prejuicio pero, en todo caso, es un prejuicio positivo.

Rosa: Sabía que cumpliendo las indicaciones médicas ibas a salir adelante. Estaba segura de que la prevalencia de tus dolores artrósicos iba a disminuir por efecto de los tratamientos.

Adelaida: Sí. Los pude cumplir al pie de la letra gracias al acompañamiento de Inés. Ella se ocupó de que cumpliera no solo con la asistencia a las distintas terapias, sino también supo descubrir mis necesidades. Siempre me consultó para tomar decisiones y colaboró para mejorar mi autoestima.

Me hizo comprender que convivir con mi enfermedad no era tan difícil como suponía. Tuvo siempre presente que yo, como todas las personas mayores, somos sujetos de derechos, me ayudó a pelear contra los prejuicios y, lo más importante... me trató con amor.

Rosa: Me hace feliz lo que contás.

Adelaida: Es muy importante el trabajo que realiza. Ha fomentado actitudes positivas en mí, logrando que tuviera mayor conciencia sobre mis derechos.

El diálogo es interrumpido por la entrada de Inés. Luego de saludar, Inés se dirige a Adelaida.

Inés: Pude conseguir algunos datos referidos a Talleres de Dibujo y Pintura para que puedas comenzar. Ya estás en condiciones para movilizarte y es importante que comiences a concretar tus sueños. Estoy convencida de que tu capacidad para aprender no está condicionada por tu edad.

Ambas se concentran mirando las distintas opciones de talleres para que Adelaida comience a concretar sus ilusiones.

Rosa nota el afecto mutuo que ambas se demuestran. Ha descubierto que la presencia de Inés ha cambiado la vida de Adelaida. Ha reforzado sus fortalezas y la ha ayudado a poner en marcha proyectos que estaban interrumpidos. La compañía de una profesional capacitada, ha incidido favorablemente en ella.

También ve que ha logrado superar el concepto de “todo tiempo pasado fue mejor”, porque quizá la forma en que ella percibía su enfermedad era solo una excusa, para quedarse en la zona de confort en la que se hallaba.

Rosa está convencida que Adelaida hizo lo que tenía que hacer y que para evitar que fueran vulnerados sus derechos se ocupa de conocerlos y exigirlos. Ella ha tomado conciencia sobre sus propias capacidades y el aporte que puede hacer a la sociedad.

Rosa sabe que Adelaida es una persona mayor que vive en un mundo real. Es una de las tantas protagonistas que de a poco desentieran o cuestionan los prejuicios, procurando una mayor participación e inclusión social de las personas mayores.

Rosa cree que este acontecimiento, es una fiel demostración de lo que se vive en la actualidad, un tiempo de transición donde se ha instalado una nueva imagen de la vejez en busca de una sociedad para todas las edades. Una sociedad en la que las personas mayores son verdaderas protagonistas en defensa de sus propios derechos.





El anciano caminó hacia la ventana de la habitación, con delicadeza hizo a un lado las cortinas y contempló la belleza exuberante que le ofrecía el jardín en las primeras horas de la mañana. Posó la vista en cada planta como si revisara el progreso de sus brotes y la detuvo en el rosal que inauguraba la entrada de la casa. Una mueca parecida a una sonrisa se le dibujó en la cara. Elevó la mirada al cielo y la mantuvo allí un largo rato. El firmamento despejado era el típico terciopelo azul que la primavera regala después del equinoccio. El paso fugaz de alguna nave en viaje interestelar interrumpía, de tanto en tanto, la calma de esa inmensidad.

El llamado de su esposa para desayunar lo sobresaltó. Su sistema nervioso estaba muy sensibilizado y cualquier contingencia que interfiriera en sus meditaciones lo perturbaba. Conocía la causa: era esa novedosa inquietud con la que había amanecido algunos días antes, extraña, como de estar despidiéndose de todas sus cosas...

—Voy..., mamá... —respondió como para sí.

La esposa lo esperaba en la cocina con el café con leche servido y el pan, recién tostado, junto a la manteca. Lucía demacrada y abatida por una tristeza que, en vano, trataba de disimular. Hizo un esfuerzo para que su esposo no lo percibiera y buscó un tema de conversación trivial:

—Regaré el jardín hoy. Las plantas necesitan agua y...

—Yo te ayudaré, mamá... —la interrumpió el hombre con la voz apagada.

—No hace falta, puedo hacerlo yo sola. Tú mejor descansa.

—¿Que descanse, dices? ¿De qué me serviría descansar hoy?

—Discúlpame... —empezó a decir la mujer.

No pudo terminar la frase. El sollozo reprimido estalló en un llanto que no parecía tener fin. El marido la miró comprensivo. Hubiera querido consolarla, pero no encontró la forma de hacerlo.

—Si tan solo pudiera tenerlos hoy aquí y abrazarlos... —murmuró el hombre.

La mujer levantó la vista y lo miró con una pena inconsolable. Solo pudo decir:

—Por favor, papá..., eso ahora, no..., no ahora...

—...aunque solo fuera un instante... —se lamentó el anciano, como si hablara consigo mismo.

—Los llevarás en tu memoria, mi querido, claro que sí... —le prometió compasiva.

La mujer escondió la cara entre los brazos y volvió a llorar. Su marido se acercó y le posó una mano sobre el hombro. Amaba a su mujer. Había sido la compañera de toda la vida. Si es que podía llamarse vida a lo que siguió después de la gran convulsión del planeta. Los años habían pasado muy rápido para ellos, demasiado rápido. Sus hijos eran casi niños cuando fueron llamados por el Nuevo Ordenamiento para el servicio obligatorio. No volvieron a verlos. Las leyes de desvinculación familiar eran estrictas e inapelables. La Humanidad tenía que reorganizarse, les dijeron. Cuando en las noches, con su esposa, contemplaban las estrellas, los imaginaban conduciendo los transportes que, a diario, surcaban el cielo entre el planeta y las bases de la Luna y de Marte. Se preguntaban si sus hijos habrían formado familia, si les habrían dado nietos... Pero nadie podía responderles. Muchos años antes, buscando aliviar la dolorosa incertidumbre, le habían solicitado al Nuevo Ordenamiento imágenes actuales y cualquier información que pudieran darle sobre sus hijos. No ignoraban que elevar ese pedido a la jerarquía era violatorio de las leyes,

pero los impulsó su desesperación y la de ella. La consecuencia del desacato fue penosa. Los confinaron en ese lugar del planeta, alejado de las grandes urbes, donde habrían de vivir en soledad hasta el final de su vida útil.

—El día ha llegado, mamá. Quisiera irme sabiendo que podrás soportarlo.

—Sabes que no podré. Tú estás sano y no eres un problema para la jerarquía. Es injusto suprimirte...

—Debemos aceptarlo, mamá, es la ley.

—¡Es la ley...!, ¡es la ley...!; ¡no se puede ser anciano para esta ley!

—Nada podemos hacer ya para cambiar eso, mamá...

—¿Y si no vinieran hoy, si se hubieran olvidado de nosotros? —se ilusionó la mujer.

—Ellos vendrán, mamá, son inflexibles. Hoy cumpla sesenta y cinco años y el Nuevo Ordenamiento lo sabe, tiene registros de cada habitante del planeta —respondió el hombre mientras lanzaba una mirada al cielo a través de la ventana. Ninguna de las naves que surcaban el cielo se aproximaba a su casa.

La mujer controló su llanto por unos segundos y, con firmeza, le respondió:

—¡Voy a exigir que me lleven contigo y que nos den el mismo tratamiento para que nos marchemos juntos!

—No te admitirán. Solo tienes sesenta y tres. Ellos te obligarán a completar el ciclo.

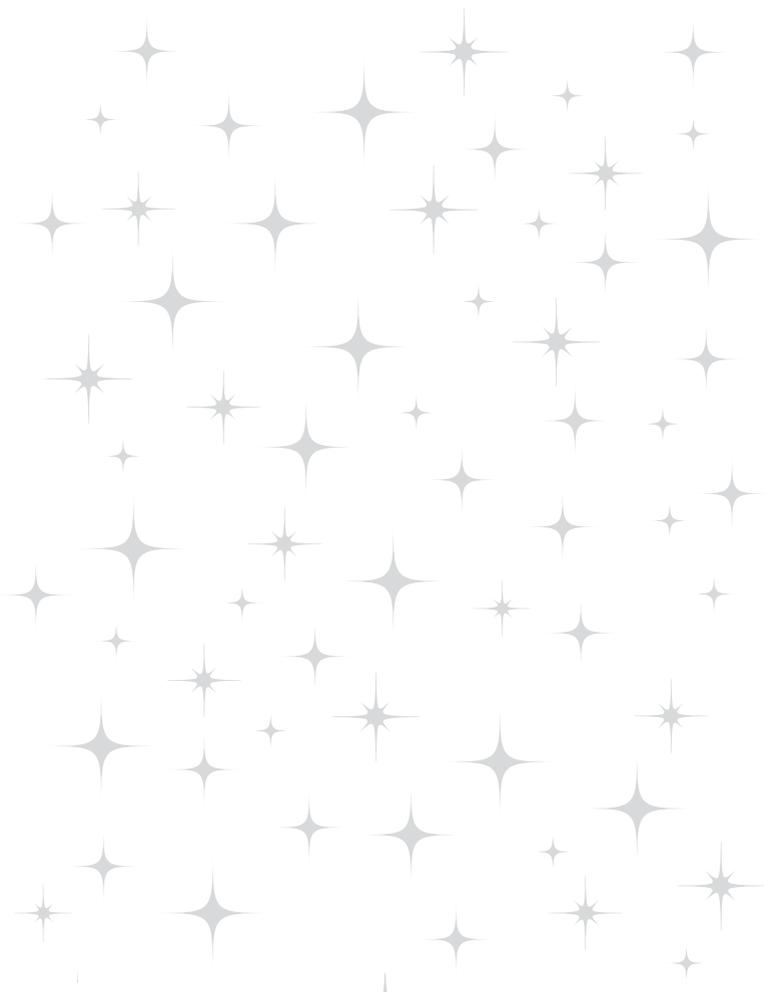
—¡¿Cómo quieren ellos que yo viva esos dos años sin tu compañía...?! ¡Vamos dímelo...! —gritó ella con las pocas fuerzas que le quedaban.

Él no le respondió, solo la abrazó y la besó en la frente. Enseguida, reapareció la extraña sensación de estar viviendo algo por última vez. La novedosa inquietud se le presentaba inesperadamente mientras realizaba sus tareas cotidianas y lo enfrentaba con la angustia de saber que, muy pronto, él no tendría un

mañana, que todo aquello por lo que había vivido se esfumaría en un soplo rumbo al olvido. Un dolor profundo y terminal le oprimió el pecho, los recuerdos y los afectos recorrieron fugaces su memoria y se instalaron en algún rincón del alma para ser llevados por ella adondequiera que el alma fuera.

Algo en el cielo atrajo la atención del hombre, que se incorporó muy despacio y, cálidamente, le dijo a su esposa:

—Vamos, mamá, tenemos que regar el jardín, una nave se aproxima...





La lluvia le había vedado las caminatas nerviosas veinte minutos atrás. Desde entonces estuvo intentado refugiarse en varios portales, pero eran todas casas sin balcón, ni siquiera una saliente, chapa pura, escueta. Terminó confinado abajo de un paraíso. Todavía se veía luz en las ventanas de la casita de enfrente. El Jose le había indicado que a las ocho se apagaba todo, a las nueve más tardar. Eran las ocho y veinte y aún había luz en la ventana. El Jose nunca se equivocaba, quizá era otra la casa y él, entre tanta lluvia, se había confundido.

La calle estaba vacía, solo el ruido del bombardeo de gotas contra la chapa estaba presente. Luis juntó valor y bajó a la calle, aún al resguardo del paraíso, y miró por primera vez de lleno la casita. Si. Era esa, tenía el crucifijo de madera clavado en la puerta y la cinta roja atada al picaporte. La luz brilló por debajo de la puerta. El corazón de Luis frenó por un instante y lo único que atinó a hacer fue tironear su capucha negra para abajo con las manos. La puerta se abrió y apareció: aún más diminuta de lo que el Jose la había descripto.

— ¡Te vi! ¡Sinvergüenza! Vení para acá. ¡Vení te digo!

Luis se paralizó, los chicos tenían razón, estaba muy verde para ir solo todavía. Su mirada estaba clavada en la señora que seguía gritando, ahora apuntándolo con el bastón de caña. Respiró hondo llenando sus largos pulmones y recordó el A-B-C para esas situaciones: actuar natural. Le hizo caso y cruzó la calle. A cada paso la señora parecía más bajita.

Lo miraba fijo, con una mirada bélica asordada por los pliegues de la cara. Su mirada estaba en algún punto de la campera de Luis. Él la miró a la cara y confesó suavemente:

—Estaba esperando.

—Qué casualidad —puso el bastón en el suelo y se afirmó sobre él con ambas manos—, yo también, hace años —la señora aflojó el cuello, su cabeza tambaleó ligeramente zarandeando los rulos grises y quedó mirando las rodillas de Luis. Bufó. Dio una lenta vuelta con ayuda del bastón y entró a la casa—. Pasa, total, la macana ya te la mandaste.

Luis entró detrás de ella. No pudo evitar notar que los muebles armonizaban con la señora, eran bajitos, casi encorvados, y todos de caña, dándoles un aire de fragilidad. Llegaron hasta una mesa con dos sillas. La señora señaló una con su bastón para que Luis se siente.

—Te estuve esperando desde que te lo llevaste a él. Si, desde aquel entonces. Quiero saber algo ¿por qué tan joven? Cuarenta y nueve años tenía. Me lo arrebataste, ¿por qué?

Luis quería actuar con naturalidad, pero realmente estaba perdido. Era verdad lo que decía el Jose, la señora estaba gaga.

—Contestame algo, ¿querés? ¿o no podés? ¿Sos un peón del allá? ¿Te mandan y vos vas nomás? Bueno, ya me va a escuchar el de arriba.

El exabrupto de quejas parecía haberla cansado, apoyó el bastón en su regazo y suspiró. Luis la miraba, aún no entendía a donde apuntaban los ojos de ella; parecían no buscarle la cara, más bien ir recorriendo el contorno de la capucha, la campera, los hombros; iba y venía.

—Estás mojado —la señora se aferró de la mesa y se puso de pie.

Luis se alarmó al verla caminar hacia otra habitación y se paró atrás de ella.

—Abuela, ¿estamos solos?

—Sí, querido.

Cuando volvió de la habitación la señora se paró detrás de la silla

que Luis había usado y la palmeó mientras lo miraba. En una mano tenía una toalla que debió ser naranja en sus mejores momentos, ahora era un almíbar que lindaba con el color crema. Luis se sentó.

—Sentía que hoy podía ser el día. Muchas veces lo pensé, pero hoy... hay algo. Lo siento.

La señora desplegó la tela descolorida y acarició la capucha y los hombros de Luis. Los movimientos eran tan lentos que él podía percibir el suspenso entre caricia y caricia. Cuando terminó, apoyó la toalla sobre la mesa. Luis pudo leer unas letras bordadas en lila: Irma.

—No estoy enojada porque me toque —dijo y apoyó sus manos en el respaldo de su silla—, es el haberte visto venir. Unos minutos más y me encontrabas dormida. Quisiera haber estado soñando con Daniel, y que pase sin darme cuenta.

La última palabra fue prácticamente un soplo, como si no fuera pronunciada, más bien exhalada. Sus manos vibraron ligeramente. Las apartó de la silla y con el pulso todavía trémulo metió una mano por debajo de la otra hasta hurgar dentro de la manga de su suéter. Luis aferró la mesa con las dos manos, preparado para tirársela encima. Irma desenfundó un pañuelo de tela con el que intentó inútilmente secarse una lágrima. La lágrima se escurrió entre los surcos de sus mejillas antes. Los ojos permanecieron de vidrio, pero un vidrio opaco, empañado como un parabrisas en invierno. Luis pensó en los trapos de piso cuando están completamente exprimidos y ya no cae ni una gota más, parecen tan llenos aún, pero no importa como uno los retuerza, no largan nada. Irma se dió vuelta y dió tres pasos hasta la hornalla. La mesa continuó en dos patas mientras ella estaba de espaldas. Cuando volvió traía dos tazas de losa recién servidas. Luis apoyó la mesa con suavidad.

—Abuela, necesito plata...

—No digas nada, ya sé —lo interrumpió—. Daniel ya me lo había explicado: Caronte.

Luis recorrió el recinto con los ojos, buscando algo que le aclare lo que estaba pasando. Se resignó a recordar el A-B-C.

—Es tuya, te lo prometo, te doy todo —y arrastró la taza menos agrietada hasta el lado de la mesa de Luis— , a cambio de algo —la mano de Irma seguía siendo un puño cerrado sobre la taza, parecía una cabeza de ajo gigante decorada con la cinta roja en la muñeca—. Es una pavada, por favor. Fingir. Un ratito, cinco minutitos —los dientes de ajo se expandieron dejando escapar el vapor—. Después te doy todo.

Irma liberó la taza y lo miró. Él, aún encapuchado, inclinó la cabeza concediendo el deseo.

—Nunca pude tomar el té con mi nieto —envolvió su taza con ambas manos—, con un nieto.

Luis se acercó la taza a la cara, vio pedacitos de galletita de agua flotando, la olió: mate cocido.

—Lo hice como te gusta—Irma sonreía—, con galletitas nadando, Guille.

El olor le recordó que hacía horas que no probaba bocado, el estómago le pidió por favor que sorba ese mate cocido y rogaba que tuviera azúcar, mucha azúcar. Luis dio un sorbo. El contacto de su lengua con la saturada cantidad de azúcar y los pedazos de galleta disuelta lo obligaron a tomar dos tragos grandes. No entendía cómo había hecho Irma, pero el contenido de esa taza podía ser tranquilamente la misma sustancia que tomaba en el merendero cuando niño: ese fondito de azúcar apilado, ese sabor tan apartado del mate real, y la sensación sedosa de la galleta disuelta jugando con la lengua en su camino hasta la garganta.

No había ningún Guille en su barrio. El nombre le sonaba tan raro. Tan raro como toda esta escena, tan disparatado como estar pensando en su infancia en ese momento en que tenía que actuar

como adulto y ocuparse de la plata para poder vivir.

—Señora...

—Abuela —lo interrumpió en seco—. ¿A vos te parece que es un chiste esto? Te vi llegar hoy, media hora antes. Me la robaste. Me debes esta merienda con Guille.

La mesa se llenó de gotas del té de Irma hasta que logró apoyar la taza. Su caparazón de lana subía y bajaba con un ritmo acelerado y pulsante, toda Irma parecía latir con espasmos. Luis la observaba. No mandársela, no apurar el asado, no presionar si no hace falta, el A-B-C, se repitió para sus adentros. Pensó cómo sería tener una abuela así, pequeña, dulce, envuelta en suaves tejidos con olor a naftalina, pero rellena de aspereza cuando amerita.

—Esta rico el mate cocido, Abu.

Las manchas de la cara de Irma formaron un cuadro nuevo, dando lugar a una cara iluminada.

—Es una alegría que te hicieras un ratito para pasar a saludar —estiró los dedos y los contrajo tres veces—. Te quería tejer algo para tu viaje, ¿sabes? Pero últimamente los dedos se me endurecen tanto. No puedo mover las agujas, sale cualquier mamarracho —silencio—. Abu —suspiró Irma para ella. Sus cachetes temblaron un instante manteniendo una mueca que Luis no lograba distinguir entre alegre y triste—. Gracias, de verdad.

Levantó las tazas y las llevó a la bacha. Comenzó a lavar pero sus manos no parecían obedecer. Luis comenzó a balancearse en su silla. Cada minuto que pasaba ensanchaba la chance de que algo pase, e Irma parecía tener que usar muchos minutos para lavar esas tazas.

—Abu, ¿no va a venir nadie hoy?

—No, Guille —frenó el lavado por un momento para tomar aire—. ¿Quién va a venir? Hoy es nuestro día, solo vos y yo,

como cuando eras mocito.

Luis no pudo contestar, sentía la garganta apretada. Se puso de pie y mirándola malograr su deseo de lavar, le puso la mano sobre el lomo lanudo donde depositó dos caricias, con la otra le acarició los dedos casi helados. Lavó las tazas, las secó y la miró para que lo guíe. La punta de la nariz caída de Irma señaló hacia la puerta correcta con un pequeño movimiento de cabeza. Al cerrar la alacena Luis se dio cuenta que tenía una sonrisa en la cara, cuando giró descubrió que Irma tenía una igual, pero, además, su nariz era un tobogán para dos lágrimas.

—Tengo frío, Guille —y sin dejar de sonreír agregó:— vamos a la pieza, ahí está la moneda.

Luis la acompañó llevándola del brazo, al ritmo de los cortos pasos que daban las anchas piernas por debajo de la falda. Al entrar en la habitación observó las paredes empapeladas de un color amarillento con flores, contra una de las paredes, la cama de una plaza, a un puño del piso y, a pesar de estar cubierta con un tejido verde, se podía ver el colchón hundido en el centro. Luis maniobró el pequeño y denso cuerpo de Irma para acostarla. Acomodó el tejido lo más que pudo para abrirla.

—En la mesita de luz —se estrujó el tejido contra el pecho—. Ahí está, en un sobre. Pensar que ahora es para Caronte. Siempre me lo repetía, tené una moneda cerca, nunca se sabe el día. Cuando pasó su accidente él tenía una encima, gracias a Dios que la tenía.

Luis abrió el único cajón de la mesita de luz, revolvió pero solo encontró un par de lentes, un documento de identidad amarillento, algunas fotos ya borradas y pañuelos de tela cuadrillé.

—Abajo, pegado abajo del cajón —suspiró Irma mientras su mano, con los dedos juntos y apretados, recorría su cara y la ayudaba a mover un rulo caído sobre la frente—.

La mano de Luis raspó el cajón por abajo y despegó el sobre

marrón. Una letra grande y movida rezaba: “Presente para el Licenciado. Feliz viaje Guille, te quiere, la Abu.”

—Abu...

Mantuvo los ojos en el sobre, esperando. Sin mirar a la cama lo vació. Quinientos cuarenta y siete pesos y una foto cuadrada de una joven Irma con sus rulos negros cayendo sobre un niño que estaba abrazando, ambos felices, ambos sonriendo. Se quedó mirando la foto. Al cabo del primer minuto solo oía su propia respiración. Respiró fuerte para cortar ese trance de silencio y se metió la plata en el pantalón. Volvió a meter la foto en el sobre, lo dobló con cuidado y lo guardó en la campera. Giró para la puerta y notó la ventana de la habitación. Miró para afuera, vio el árbol donde él estaba hace una hora. Una gota en la ventana le hizo desenfocar la visión y se encontró con el reflejo de la boca abierta de Irma. Siguió caminando hasta el marco, juntó fuerzas para vencer esa mano que cada vez apretaba más fuerte su garganta.

—Buen viaje, Abu.

**CÁMARA DE DIPUTADOS**  
Provincia de Buenos Aires



Diseñado e Impreso por el Departamento de Impresiones de la  
Honorable Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires.

Calle 53 e/ 7 y 8, La Plata, Buenos Aires.



Mesa de Trabajo  
de Personas Mayores  
UNLP

SECRETARÍA DE  
RELACIONES INSTITUCIONALES



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA

CÁMARA DE DIPUTADOS  
Provincia de Buenos Aires



PROHIBIDA SU VENTA - DISTRIBUCIÓN GRATUITA